EL DÓMINE Y EL MONTERO,

COMEDIA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. CAYETANO DE SURICALDAY.

Representada con aplauso en el teatro de Tirso de Molina la noche del 7 de noviembre de 1856.







MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1856.

AL LECTOR.

Esta comedia es la última obra de un escritor, cuyo nombre habrá llegado muchas veces á tus oidos, si bien nunca envuelto en las exageraciones del «puff.» —D. Cayetano de Suricalday, muerto desgraciadamente el 10 de julio último en la ciudad de San Sebastian, es autor de mas de veinte producciones, en las que dió evidentes muestras de ingenio y buen gusto literario, como lo confirma el favorable éxito que todas obtuvieron. Las empresas teatrales lograron pingües beneficios con el trabajo de mi difunto amigo. —Representada esta comedia á instancias de mi compañero Leopoldo Bremon y mias, cuatro meses despues de la muerte de su autor, hemos creido consagrar de ese modo un justo tributo de consideracion á nuestro laborioso é inteligente amigo, proporcionando al mismo tiempo á sus muchos compañeros, el conocimiento de una obra de indisputable mérito literario.

He querido consignar aquí este hecho para que se comprenda que si la desgracia llegó á interponerse en el camino del malogrado escritor, conserva en el mundo amigos que han sabido apreciar sus excelentes dotes, y á los cuales ha legado una honrosa satisfaccion con su memoria.

Madrid, noviembre 19, 1856.

Cárlos Frontaura.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELISA.............	STA. D.ª MATILDE BAGÁ.
DON CASIANO......	D. JOAQUIN VIDALES.
BARON............	D. CEFERINO HERNANDEZ.
EDUARDO..........	D. FEDERICO BLASCO.
CRISTOBAL........	D. MANUEL FRANCO.
MONTERO..........	D. EDUARDO HERNANDEZ.
MARTIN...........	D. N. N.
Aldeanos.	

La escena pasa en las inmediaciones de Soria, á principios del siglo XVIII.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la entrada de una quinta: á la derecha del público la fachada de la casa; á la izquierda el principio de un espeso bosque y la choza del guarda. Verja en el fondo, que da al campo: árboles y un banco de piedra en la escena. A lo lejos se verán una ermita y una aldea.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO, *sentado y pensativo.* CRISTOBAL, MARTIN, ALDEANOS: *luego el* BARON. *Al levantarse el telon aparecerán los Aldeanos agrupados mirando hácia la izquierda, saludando con los sombreros y los pañuelos en las manos, y se escuchará en la misma direccion una música militar.*

MARTIN. ¡Viva el rey Felipe quinto!
ALDS. ¡Viva!
CRIST. ¡Ya basta, mastuerzos!
¿No veis que está media legua
la comitiva?
MARTIN. ¡Qué bellos
jaeces!... ¡Y reparasteis (*A los Aldeanos.*)
qué caballos tan soberbios

tiraban de la carroza!
Diera yo mi jaco negro
y mi rucio y mis tres vacas
por el peor de todos ellos.

CRIST. Puede ser que te perdieras. (*Burlándose.*)

MARTIN. ¡El Baron! Sermon tendremos.
(*Al marcharse, viendo salir al Baron.*)

BARON. ¿Qué hace la gente parada?

MARTIN. Hemos venido un momento
para ver al rey de vuelta
de la caza.

BARON. ¡Acabaremos!
¿Y tú por qué lo permites? (*A Cristóbal.*)
¡Por una vez os dispenso! (*A los Aldeanos.*)
Repartid estas monedas
y gastadlas.

MARTIN. Si lo haremos.
¡No existe un amo mejor
en todo el mundo!

BARON. ¡Silencio!
No me gusta que me aduleu.
¿Entendeis? ¡Esto está bueno!
¡Cuando uno les da propinas
es un santo, y un pervérso
cuando con razon les riñe!
¡Vamos, quitarse de en medio!

MARTIN. Voy á dejar las pistolas
y el mosquete, y nos iremos
á la taberna á beber.
(*Entra en la cabaña, vuelve á salir sin armas y se retira con los demas.*)

ESCENA II.

BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

BARON. ¡Me lo estaba presumiendo!
Con el vino los bergantes
se pondrán como pellejos,
y no habrá santo mañana
que los haga andar derechos.

CRIST. Pues nadie tiene la culpa.

BARON. ¡Soy de mis acciones dueño!...
Es tan brillante el estado
en que mis haciendas veo,
que justo me ha parecido
hacerles algun obsequio.
Sé que su prosperidad
solo se debe á tu celo
en administrarlas bien...
CRIST. Para eso tengo mi empleo.
BARON. Lo que es sensible, es que tengas
un gravísimo defecto.
CRIST. ¿Cuál?
BARON. El ser un calavera.
CRIST. Lo de siempre; eso no es cierto.
Me calumnian.
BARON. Pues no salgo
ningun dia sin que á mi encuentro
no llegue alguno á contarme
los arranques de tu genio.
Tan pronto es una mujer
á quien has fingido afecto
y no haces caso; tan pronto
uno á quien dejaste ciego
luchando en broma con él...
CRIST. Ya ve usted que yo no tengo
la culpa de que mis pobres
puños tengan tanto peso!
Y vamos á ver: ¿por qué
disputo? ¿por qué me engresco?
Porque murmuran de mí
ó de mi amigo, ¿no es cierto? (*A Eduardo.*)
EDUARDO. Si.
BARON. En fin, tú te enmendarás,
y te hará pensar el tiempo
que mas vale que ser loco,
ser arreglado y discreto.
Yo tambien, como tú, he sido
jóven, alegre y resuelto,
y ha venido la maldita
gota á tenerme sujeto!
Igual te sucederá...
CRIST. ¡No lo permitan los cielos!...

BARON. ¡Todo se muda en el mundo!
¿Quién, al verme en este yermo
entre rudos labradores,
conocerá al caballero
que tantas veces lidió
en el español ejército?
¿Quién al cortesano? ¿Quién
al rígido consejero,
que del rey está en desgracia
por oponerse á sus yerros?
¡Bonito pago me ha dado!
Ni él sabe que aquí me encuentro;
ni aunque estuviese cazando
cien años, fuera yo á verlo.
Cada cual tiene su orgullo...
Pero no quiero hablar de esto.
Vuelvo á mi tema; ya sabes
que de tus hazañas tengo
noticia, con que... *(Sale por el fondo.)*

ESCENA III.

EDUARDO y CRISTOBAL.

CRIST. Ya estoy...
Pues si dan estos paletos
en ser chismosos, haré
un escarmiento con ellos...
Eduardo, estás insociable...
¿Por qué te muestras tan sério,
di?
EDUARDO. Te engañas.
CRIST. Abismado
siempre en tristes pensamientos,
mas pareces una estátua
que un hombre de carne y hueso.
¿Has reñido con alguno?
EDUARDO. No.
CRIST. ¿Necesitas dinero?
EDUARDO. Tampoco.
CRIST. ¿Quieres venir
á dar conmigo un paseo?

EDUARDO. No te canses...

CRIST. ¿Qué te pasa?
Me fastidian los misterios.
Habla...

EDUARDO. Estoy enamorado.

CRIST. ¿Y qué tenemos con eso?

EDUARDO. ¡Que idolatro un imposible!
que en la red de este amor preso,
se agita continuamente
en lucha horrible mi pecho.

CRIST. ¡Un imposible! ¿Tú sabes
lo que vale en estos tiempos
un hombre? ¿Quién puede haber
que no te admita por yerno?
¿Cómo se llama la chica?
En seguida te prometo
ir á pedírsela al padre.
Será algun pícaro viejo,
orgulloso y regañon,
con sus puntas de usurero?
Nada importa: ó te la da
en cuanto le hable, ó le pego.

EDUARDO. Yo soy pobre, y ella es rica.

CRIST. Pero te sobra talento,
y si os quereis... pues supongo
que corresponda á tu afecto...

EDUARDO. Seguro estoy de su fé.

CRIST. Entonces la robaremos.

EDUARDO. ¡Estás loco!

CRIST. ¿No te atreves (*Con malicia.*)
con el santo sacramento,
y te hace el amor continuas
cosquillas? ¡Te compadezco!
¡Conozco bien ese mal
y da unos ratos perversos!...

EDUARDO. ¡Siempre has de tener salidas
singulares! Mi deseo
no alcanza dicha mayor
que unirme con lazo estrecho
de mi pasion desdichada
al idolatrado objeto.
Es Elisa.

CRIST. ¡Diablo! ¡La hija
del Baron! Ahora ya veo
que es difícil el negocio...
Sin embargo, ¡qué sabemos!
A él no le gusta la córte;
y aunque siempre está gruñendo
no es vanidoso y delira
por la niña... Añade á esto
que tu padre le salvó
la vida, que como deudo
te trata... Debes tener
esperanzas. Dale tiempo
al tiempo, que si entre tanto
te la disputa algun necio,
yo me encargo de espantarle,
y no te ha de hacer mal tercio.

EDUARDO. ¿Pero cómo?

CRIST. De retóricas
y de razones no entiendo.
¿Cómo se espanta? ¡A trastazos!
Por vida!.. Sabes que tengo
en fuerza lo que á tí Dios
te ha dado en entendimiento;
que soy capaz una torre
de mover si doy en ello;
que todo el mundo me teme;
que con el alma te aprecio.
Tranquilo puedes vivir:
si yo por la prenda velo,
nadie te la ha de quitar
á fe de Cristóbal Recio.

EDUARDO. Solamente te suplico
que el afan en que me quemo
no sepan que adivinaste.

CRIST. Me callaré como un muerto.

EDUARDO. Tengo una resolucion
tomada.

CRIST. ¿Cuál?

EDUARDO. Ya hablaremos:
mucho valor necesito;
¡quiera prestármele el cielo!
Al rey de pedir acabo

que me incorpore en los tercios
que han de salir para Italia.

CRIST. Que te marches no te dejo.
Ahora que el Baron está
en un lúcido momento,
(*Despues de reflexionar.*)
voy á encontrarme con él
y á conócer sus proyectos
acerca de tu adorada...
Aunque mucho lo respete,
yo buscaré la manera...
¿Quieres?...

EDUARDO. Que comprenda temo
tus ideas.

CRIST. Pecho al agua.
Con que á la una... á las dos...

EDUARDO. Pero...

CRIST. A las tres... Me voy...

CASIANO. *Deo gratias.*
(*Entrando y saludando á Cristóbal, que se va sin hacerle caso.*)
Buenas tardes... (*A Eduardo.*)

EDUARDO. (*Reparando en D. Casiano.*) ¡Hola!

CASIANO. *Oremus...*

EDUARDO. No puedo esperar.
(*Márchase.*)

ESCENA IV.

D. CASIANO, *solo.*

¡Se van
y aquí me dejan plantado!...
¡Oh tempora! ¡Oh mores! ¡Quién
me dijera hace veinte años,
cuando con las disciplinas
les sobaba el espinazo,
que una época llegaria
en que viéndose barbados,
ni el sombrero me quitasen
ni me besaran la mano!...
¡El siglo tiene la culpa!

¡Siglo desmoralizado,
en que la honradez está
por los pies de los caballos!
¡Dominus, Dominus meam!
que dice el cura don Pablo:
el mundo se va á acabar,
y acabará á linternazos.

ESCENA V.

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. Esta debe ser la quinta, (*Embozado.*)
si son mis señas exactas.
¿Sabe usted si vive aquí
el baron de Torre-Blanca?
CASIANO. Si, señor, pero á estas horas
no es regular que esté en casa.
MONTERO. ¿Es usted de la familia?
CASIANO. Soy primo sexto del ama
de gobierno, y de la aldea
y de la iglesia cercana,
sacristan, maestro de escuela,
de la hermandad de las ánimas
mayordomo, fiel de fechos,
organista...
MONTERO. Bien.
CASIANO. No se halla
en el partido persona
de todo más enterada.
MONTERO. Este hombre puede servirme. (*Ap.*)
Señor santero, palabra.
¿El Baron tiene una hija?
CASIANO. Una preciosa muchacha.
¿Quiere usted un polvo? (*Saca la caja.*)
MONTERO. No.
El rey la ha visto. (*Con misterio.*)
CASIANO. ¡Ya!
MONTERO. Trata
de protegerla. ¿Usted sabe
si ella tiene amores?
CASIANO. Se habla

de que Eduardo, un pobre chico,
nacido en estas montañas,
la festeja... pero yo
no puedo asegurar nada.

MONTERO. ¿Y es cierto quo ese mancebo
aqui recogido se halla
desde sus mas tiernos años
por el padre de su amada?

CASIANO. Si.

MONTERO. ¿Que el suyo era un hidalgo
que defendiendo á su patria
murió en la guerra?

CASIANO. Si lo es.

MONTERO. Bien.—Conseguirá la gracia
que pide: ya que le quita *(Ap.)*
el rey su novia, que haga,
que haga por él algo. ¿Y usté anhela
algun favor del monarca? *(Alto.)*

CASIANO. ¿Yo? pienso en ir en busca suya
cuando termine la caza
y referirle mis cuitas.
Me he dirigido á esta casa
para que el Baron me preste
alguna vieja casaca
mas decente que la mia...
Los monigotes no pagan
y es necesario ingeniarse...

MONTERO. Solicita usted...

CASIANO. Que me haga
pertiguero de los mínimos,
y esto á mi genio se adapta.

MONTERO. Ponga usted el memorial.

CASIONA. ¡Aqui está!.. *Dóminus labia
Hispanium...* Está en latin.
(Sacando un papel y leyendo.)

MONTERO. Yo volveré sin tardanza,
téngale usté en castellano
y lo tomaré. Si calla
usted cuanto hemos hablado,
si de ayudarme se encarga,
si me dice cuanto ocurra
respecto de esa muchacha,

ella se verá feliz
y usted logrará su plaza.
Esto conviene á su honor.

CASIANO. ¿Cómo?

MONTERO. Ya lo he dicho, basta.

CASIANO. Pero...

MONTERO. Del rey, mi señor,
soy montero, y de la guardia.
(Desembozándose y dejando ver el uniforme. D. Casiano se quita el sombrero y se queda inmóvil.)
Mire usted, hablo en su nombre,
medite usted mis palabras.

ESCENA VI.

D. CASIANO.

¡Jesus! ¿Que medite? Pues *(Pausa.)*
como si no meditara.
No acierto qué tiene el rey
que ver conmigo, qué causa
existe para que á Eduardo
y á Elisa mercedes tantas
les dispense... «Esto conviene
á su honor...» ¡Santa Susana!
(Recapacitando.)
¡Ya comprendo! Los dos jóvenes
y fogosos y... ¡Caramba! *(Con malicia.)*
¡Qué feliz es el bribon!
¡Quien creyera! Segun anda
de suelto el diablo, no puede
(Con hipocresía.)
uno responder de nada;
se encuentra una Magdalona
donde pensaba una santa,
y no se encuentra... otra cosa
por un ojo de la cara!
En fin, la comision mia
es altamente cristiana:
acometiéndola, logro
encuspidarme en mi fama,

y podré pertigüear
en mi póstuma decada...
Luego dicen que los reyes
son malos: hé aqui un alma
doncella que su bondad
hoy del purgatorio saca...
(Entrando en la casa á tiempo que de la misma salen Elisa y Eduardo.)

ESCENA VII.

ELISA, EDUARDO.

ELISA. Si en ese capricho das,
yo tambien tengo mi orgullo:
ya no quiero el ramo tuyo...
¡no le quiero!...
(Arrojando al suelo un ramo de flores que trae en la mano.)

EDUARDO. Oye, y verás.

ELISA. Di que de mi amor no fias.

EDUARDO. Di que mis desdichas crecen,
que en humo se desvanecen
todas las venturas mias.

ELISA. Si era tan cierta la fe
que me juraba tu labio,
¿cómo dudas en mi agravio
de la que yo te guardé?
Si te faltó mi cariño,
debes el modo advertirme,
que eres dueño de reñirme
lo mismo que yo te riño.
Mas no sueltes amenazas
de olvidarme en tus querellas,
cuando sabes que con ellas
mi corazon despedazas.

EDUARDO. ¡Elisa!

ELISA. De tus desvelos
eres tú solo el culpado,
que yo motivo no he dado
para que tuvieses celos.
Por mi pasion obligada
tan esclava tuya soy,

que á todas horas estoy
en adorarte ocupada,
y no se pasa momento
sin que las auras no asombre
repitiéndolas tu nombre
que se escapa con mi aliento!
Confiesa que con desvio
pagas á mi pecho amante,
que eres tú mas inconstante
que las arenas del rio;
que si marcharte pretendes
no lo haces por mi ventura,
que lo haces por tu locura,
por ocultar que me vendes!
¡Mal empleado interés
el que en mi daño sentí!
Dame el alma que te dí,
y abandóname despues.

EDUARDO. Mi intencion no has comprendido,
ni mi lenguaje sincero:
yo te juro que te quiero
como siempre te he querido.
Pero la dicha presente
no puede hacerme olvidar,
que á tu padre, á tu pesar,
tienes que ser obediente.
Que al mismo tiempo que avanza
nuestro cariño sencillo
se desmorona el castillo
tambien de nuestra esperanza.

ELISA. No entiendo...

EDUARDO. Que será vano
el fuego que nos alienta,
como el Baron no consienta
en que me entregues tu mano.
Tus riquezas, mi decoro
tampoco admitir podria,
porque estimo la honra mia
tanto como á tí te adoro.
Esta es la razon, por que
en alas de mi destino,
en la milicia un camino

busco que gloria me dé.
Y por eso al rey pedí
para servirle licencia,
por no verme en tu presencia
sin verme digno de tí.

ELISA. Justo es tu afan, no lo niego;
mas por no causarme enojos,
quédate y cierra los ojos,
puesto que el amor es ciego.

EDUARDO. No insistas.

ELISA. Mi empeño ves
y en tu capricho te ciegas;
yo te suplico y tú niegas;
esto es el mundo al revés.
(Despues de una pausa acercándose con zalameria.)
¿Me dejarás?

EDUARDO. ¡Oh! ¡no, no!
Vencistes, ¡Elisa mia!
¡Vivir sin tí no podria!

ELISA. ¿Piensas que lo ignoro yo?

EDUARDO. Deja que en tu blanca mano
por los ángeles formada
quede nuestra paz sellada
con este beso de hermano.
(La besa la mano; al mismo tiempo aparecen el Baron y Cristóbal por el foro.)

ELISA. ¡Ah!

EDUARDO. ¡El Baron!

BARON. No suponia *(Con severidad.)*
que en este sitio estuvieses.

ELISA. ¡Padre!

BARON. ¡Silencio!

EDUARDO. Señor...

BARON. Ahora hablaremos. Tú, vete, *(A Elisa.)*
y espérame en el jardin.

ESCENA IX.

BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

CRIST. ¡Hemos reñido! Como ese *(Ap. á Eduardo.)*
banco tiene el alma... Apriétale

las clavijas... Si consientes
yo hablaré.

EDUARDO. No.

CRIST. Ya me voy.
(Al Baron que le hace seña de que se marche, y alejándose de mala gana.)

ESCENA X.

BARON, EDUARDO.

BARON. *(Despues de un momento, tirando de la espada.)*
¡En guardia! Mi saña quiere
arrancar el corazon *(Con ira.)*
miserable que me ofende!
¡Hablen los aceros, pues,
y mudas las lenguas queden!

EDUARDO. Serénese usted.

BARON. No puedo;
la sangre en mis venas hierve,

EDUARDO. Bien; si presume engañado
que soy capaz de ofenderle,
descargue usted sobre mí
su venganza; aquí me tiene.

BARON. Esa falsa hipocresía
ni me engaña ni me vence.

EDUARDO. Es usted padre de Elisa,
y es justo que lo respete...
Mas antes de condenarme
deje usted que me sincére.
La verdad voy á decir,
puesto que los cielos quieren
que, como yo presentia,
mis desventuras empiecen.
La amo... ¿para qué negarlo?
con un amor tan vehemente,
que en mi niñez ha crecido
y al par de mi cuerpo crece;
pero amor tan santo y puro
como es mi bien inocente,
como me impone mi honor,
como ella sola merece!

(El Baron hace un movimiento para hablar.)

Sé que hice mal en decírselo;
que he debido, aunque muriese,
tenerlo oculto en mi pecho,
y que mi delito es este.
Si le juzga usted tan grande
que satisfacerle piense,
aqui está mi sangre toda;
toda derramarla puede.
Mas si por ella y por mí
en olvidarlo consiente,
el tiempo y mi propio amor
serán quien mejor le venguen.

BARON. ¡En hora buena! Y tampoco
mi rabia cebarse debe,
aunque ofendido me crea,
en el hijo del valiente
que en Almansa me salvó
la vida á mí con su muerte.
Aquel noble sacrificio
gran recompensa merece,
y se la doy conteniendo
de mis iras el torrente.
Tranquilo estoy. Un consejo
que oportuno me parece,
será tan solo...

EDUARDO. Adivino
cuanto aconsejarme puede;
y mi razon la primera,
por muy ciego que me encuentre,
me indica en esta ocasion
la senda de mis deberes.
En la ausencia está el remedio
que á todos mas nos conviene.

BARON. Si.

EDUARDO. Nadie sabrá el motivo
que á separarme me mueve
de estos lugares, un dia
tan dulces y tan alegres,
y en que con mis esperanzas
hoy mis ilusiones mueren!

ESCENA XI.

BARON, EDUARDO, D. CASIANO, *que sale de la casa.*

CASIANO. ¡Qué caras! Algo inconexo (*Ap.*)
ha ocurrido: ¿qué sucede? (*A Eduardo.*)
EDUARDO. ¡Nada, nada!
CASIANO. Sé verídico.
EDUARDO. Es aprension que usted tiene:
contento estoy, muy contento!...
CASIANO. Baron, ¿no es verdad que miente?
BARON. ¡Qué sé yo! (*De mal humor.*)
CASIANO. ¡Yo te conjuro!...
(*A Eduardo con solemnidad.*)
EDUARDO. Don Casiano, usted dispense.
(*Váse por el fondo.*)

ESCENA XII.

D. CASIANO, BARON.

(*Despues de una pausa, sacando una caja, y acercándose al Baron.*)
CASIANO. ¿Quiere usted un polvo?
BARON. Gracias.
(*Despues de una pausa volviendo á acercarle la caja.*)
CASIANO. Es colorado.
BARON. Que no.
CASIANO. Soy hombre de mas paciencia
que el pacientísimo Job.
Que quiera usted, que no quiera,
tenemos que hablar los dos.
¿Por qué razon está Eduardo
tan triste y de mal humor?
BARON. ¡Otra vez!
CASIANO. ¿Quién le ha ofendido?
BARON. Ninguno aqui le ofendió.
Si no fuese usted tan viejo...
viejísimo... ¡vive Dios
que desfogaba en usted

la rabia en que ardiendo estoy!

CASIANO. ¡Insulte usted á la edad!
Nuevo prevaricador,
reniegue usted de estas canas.

BARON. ¡Tambien tengo canas yo!

CASIANO. Pero es para mí un mocoso:
yo mas pretérito soy,
y era ya maestro de escuela
cuando era usted un mamon:
me debe usted obediencia,
respeto... si por mí no,
por ver estas disciplinas
que en otro tiempo mejor
se encargaron de enseñarle
nuestra santa religion!
In illo tempore ego
parvulus terroris... ¡Oh!
¿Por qué razon está Eduardo
tan triste y de mal humor?

BARON. Porque va á emprender un viaje.

CASIANO. ¡Qué dice usté! ¿Y qué razon
hay para eso?

BARON. Que él lo quiere...
y tambien lo quiero yo.

CASIANO. ¡Marcharse! ¡no puede ser!
Dejar asi esta region
en que infante, púbil y hombre
él se contemporizó!
Abandonar los lugares
en que siendo motilon,
del *quis vel qui* las primeras
impresiones recibió!
¡En que de la sangre suya
el pristísimo precoz
incendio le habrá hecho dar
el pristino resbalon!
¡Mentira, mentira! *Nego.*
Nequaquam!... Intonso soy;
mas la causa de su ausencia
la adivino, si, señor;
él quiere á su hija de usted,
y usted, bárbaro, feroz,

no consiente en el connubio
que anhela su corazon.

BARON. ¿Con que entonçes usted sabe?...

CASIANO. ¡Todo! ¡todo!

BARON. ¡Voto á brios!
¡Es decir que he sido el último
que lo he imaginado yo!
que he sido torpe juguete
de un niño!...

CASIANO. Eso.

BARON. ¡Mi furor!...

CASIANO. No ha de hacerle daño.

BARON. ¿Cómo?

CASIANO. ¿Cómo? diciendo que no.
Si en usted un enemigo,
en mí tiene un defensor!
¡Se casará con la chica!
Ergo con mi proteccion
no necesita de nadie.
Usted, nuevo caracol,
harto hará con esconderse
y obedecer... Soy quien soy,
¿estamos? Si para hablar
tuviese autorizacion...
¡Ay de usted!... ¿quiere usté un polvo?

BARON. Este hombre el juicio perdió.

CASIANO. Aunque nunca he sido padre,
comprendo la situacion
del que en la prole feminea
guarda el vaso de su honor,
que ya los tiempos pasaron
de Josué y de Jacob,
que *Horrendus pontus, etcétera*,
que quiere decir ¡horror!...
Asi, pues, á lo hecho, pecho.
Cásense en gracia de Dios,
y lo que ha sido, que sea,
ya que el diablo lo enredó.

BARON. ¡Miserable!

ESCENA XIII.

D. Casiano, Baron, Elisa, *saliendo de la casa.*

Elisa. ¡Padre!
Baron. ¡Infame!
(Ap., mirando alternativamente á Elisa y á D. Casiano.)
¡Sospechar de su candor!
Márchese usted al momento
de este sitio.
Casiano. Ya me voy.
Pero tenga usted presente
que yo velo por los dos:
que está usted como en el limbo
por su insubordinacion!¡
que ya la conoce el rey...
Baron. ¡El rey!
Casiano. Que... pues... si señor.
Baron. ¡Si no viese!...
Casiano. (Me da lástima
su terquedad y... su...) *(Alto á Elisa.)* Adios!
¡que está usted como en el limbo! *(Al Baron.)*
que me da usted compasion!
(Sale por el fondo.)

ESCENA XIV.

Baron y Elisa.

Baron. ¡Ya nos veremos! (Muy pronto *(Ap.)*
castigaré su osadia.)
Acércate.
Elisa. ¡Padre mio!
Baron. Reprenderte deberia
por ocultarme el amor
que por Eduardo sentias.
Es preciso que le olvides.
¿No me entiendes? ¡Voto á cribas!
¿A qué vienen esos lloros?
Siéntate y habla tranquila.

(*Despues de una pausa.*)
¿Cuánto tiempo ha que os amais?
¡La verdad! Vamos, principia.

ELISA. De fijo decir no puedo
cuál ha sido el primer dia
en que de nuestra pasion
comprendimos las fatigas:
solo sé que éramos niños
y con intencion sencilla,
huyendo ya de los otros
la ruidosa compañia,
nos íbamos á contar
en la pradera escondida
nuestros sueños infantiles
entre infantiles sonrisas;
él para mí mariposas,
yo flores para él cogia:
yo las daba libertad,
él en el pecho escondidas
las guardaba hasta mirarlas
deshojadas ó marchitas.
Nunca brilló de la aurora
la plácida luz benigna
sin hallar de mi ventana
sobre la blanca repisa
ramo cogido por él
de lirios y siemprevivas.
Aunque la palabra amor
nuestros labios no decian,
era tanta, sin tener
nombre, nuestra simpatia,
que sus ojos en mis ojos
siempre fijos se veian,
que á mi pesar suspiraba
cuando suspirar le oia,
que no hay acacia en el monte
ni hay arbusto en la colina
que no tenga por nosotros,
recuerdo de aquellos dias,
de nuestros nombres queridos
alguna letra esculpida.

BARON. Sigue.

ELISA. Felices los dos
nuestra existencia corria,
sin que viniese á turbar
el cielo de nuestra dicha
de penas y de temores
la mas leve nubecilla.
Hasta que una tarde, estando
junto á la fuente vecina,
vimos caer una paloma
por un cazador herida
y soltar á nuestro lado
entre mortales fatigas
el tierno grano que alegre
en el pico conducia
para la fiel compañera
de sus amores cautiva.
«¡Qué infeliz, me dijo Eduardo,
es esa pobre avecilla,
contemplándola á sus plantas
ensangrentada y sin vida!
¡Quién sabe si con la suerte
que la vemos nos avisa
lo que para el porvenir
nuestros hados nos destinan!
¡Esta mañana al mostrarse
el sol lo saludaria,
y habrá dejado en su nido
á su pareja querida,
que en vano ya esperará
sus tiernísimas caricias!
¡Acaso para nosotros
se acerque tambien un dia
en que logre separarnos
un cazador homicida,
en que nuestro amor concluya
con tu existencia y la mia!»
¡Y calló! Dos gruesas lágrimas
rodaron por sus mejillas,
y mi rostro en el cristal
de la márgen cristalina
vi retratarse de sombras
de rojo carmin vestidas!

Desde entonces acabaron
nuestras dulces alegrias,
y entre continuas zozobras
se presenta á nuestra vista
á cada instante la pobre
paloma, y nos martiriza
la idea, que por nuestro mal
ya deploramos cumplida,
de que á nuestro amor le toque
de los suyos la desdicha!

BARON. No dirás que no escuché
con calma tus tonterias:
todas se reducen á un
necio capricho de niña.

ELISA. ¡Ay! no.

BARON. Si; seguro estoy
de convencerte á tí misma.
Ni tomar estado debes
tan jóven, ni te estaria
bien unirte con quien es
de oscura y pobre familia!
Con que...

ELISA. ¡Ah!
(*Viendo á Eduardo que sale.*)

BARON. ¡El diablo le trae
en esta ocasion maldita!

ESCENA XV.

ELISA, BARON, EDUARDO, CRISTOBAL. *El tercero en traje de camino, y el cuarto lo mismo con una maleta pequeña debajo del brazo.*

EDUARDO. Señor Baron, mi partida
á Italia resuelta tengo,
y á darles á ustedes vengo
mi postrera despedida.

ELISA. ¿Será cierto? (*Ap. al Baron.*)

BARON. Si.

EDUARDO. El favor
que me acaba de otorgar
el rey haciéndome dar

una gineta, y mi amor
siempre fijo en la memoria,
harán que con pecho fuerte
busque en la guerra la muerte,
y con la muerte la gloria!...
¡Adios! (*A Elisa.*)

Elisa. ¡Eduardo! (*Llorando.*)

Baron. Entra en casa.
(*A Elisa, que despues de dirigir una mirada de súplica á su padre, entra sollozando en la casa.*)

ESCENA XVI.

Baron, Eduardo, Cristobal.

Baron. ¡Animo! Venga esa mano. (*Dándosela.*)
Si hoy te parezco inhumano,
el tiempo, que veloz pasa,
pronto te hará comprender
que aunque á mi genio no cuadre,
debo cumplir como padre
con este ingrato deber.
No quiero esperanzas dar,
pero adoro á la hija mia...
y acaso mudaré un dia
de manera de pensar.

Eduardo. Todo mi afan es ahora
que pueda ser feliz ella. (*Marchándose.*)

Baron. ¿Qué quieres?
(*A Cristóbal que ha estado en segundo término y que se acerca con timidez.*)

Crist. Sigo su huella...
Me voy...

Baron. ¿Por qué? (*Sorprendido.*)

Crist. Me encocora
el contemplarle sufrir,
porque es mi amigo sincero...
y asi marcharme prefiero
á tener que sucumbir
á cosas... ¡Mire usted dos
personas desventuradas!

¡Si se arreglase á trompadas!...
(El Baron entra pensativo en la casa.)
En fin, yo me entiendo... ¡Adios!

ESCENA XVII.

EDUARDO, CRISTOBAL.

EDUARDO. ¡Oh! ¡Cristóbal! *(Con el mayor dolor.)*
CRIST. ¡Bueno estás!
¡Ese viejo es una fiera!
¡Me carga!
EDUARDO. Vamos.
CRIST. ¡Espera!
¡qué diablos! Ya no te vas.
EDUARDO. ¿Qué dices?
CRIST. Es el infierno
el que le inspira á ese hombre!
¡Por vida!... O pierdo mi nombre
ó tienes que ser su yerno.
(Se acerca á la puerta de la casa.)
Voy á darle otra embestida...
EDUARDO. No, á todo estoy resignado:
cumpliré lo que he jurado
aunque me cueste la vida.
(Despues de una pausa.)
Un momento déjame:
poner una carta quiero
y dársela al jardinero
para Elisa. *(Entra en la cabaña de Martin.)*

ESCENA XVIII.

CRISTOBAL, *solo.*

Allí estaré *(Señalando al fondo.)*
aguardando. No hay quien tuerza
mi opinion: cuanto mas veo,
mas en mi lógica creo:
no hay mas razon que la fuerza:
Y yo arreglára este cisma
pronto del modo que sé!...

Al primero con quien dé
le voy á romper la crisma. (*Váse.*)

ESCENA XIX.

D. CASIANO, *que viene por el fondo con un papel en la mano.*

Aunque supino, seguí
del Montero en este trance
el consejo, está en romance
mi memorial. Dice así:
«Alto, rugiente leon
en España coronado:
Casiano Rufino Prado,
hijo de Rufo Cenon,
llega á vuestra majestad,
su pequeñez conociendo,
hacer ó decir temiendo
alguna barbaridad;
y expone: Que está sin blanca,
con exígua parentela,
que ha sido maestro de escuela
y músico en Salamanca;
que por intriga ruin
y encariñarse al Borbon,
dejó de ser serpenton
para enseñar el latin;
que en los tiempos primitivos,
si no es la crónica infiel,
tuvo en las tierras de Argel
catorce abuelos cautivos,
otro en el monte Thabor,
otro mártir en la China
y otro pinche de cocina
de Nabucodonosor.»
Esto no puede estorbar
y siempre al éxito ayuda;
si su majestad lo duda
que lo mande averiguar.
«Que es piramidal gabarro
de sus arranques sencillos

el tener de los chiquillos
que armonizar el cotarro:
que trépidamente miro
por los ojos del Montero
la plaza de pertiguero
que en los mínimos vacó.
Plaza que obtener espera
sin mas intrigas ni amaños,
merced á sus muchos años
y al genio que en él impera.
Salud, poderoso rey,
en cuya adornada frente
se monta el trono esplendente
del imperio de la ley.»
(*Empieza á oscurecer.*)

ESCENA XX.

D. Casiano y Cristobal.

Crist. Nada, no encuentro ningun
próijmo mal humorado
que quiera andar á cachetes
conmigo. Tan solo el bárbaro
del guarda mayor ha sido
con el que me he tropezado...
le di un envite en un ojo
y un pisoton soberano.
¡Bruto! exclamé, suponiendo
que me hubiese trcpezado,
y le arrimé otro empellon
de ley... Pero el muy gaznápiro,
«Perdone vuestra merced,»
me dijo lleno de espanto.
¿Y quién es quien pega á un hombre
tan fino y bien educado?
Me eché á reir en sus barbas...
pero allí, si no me engaño,
distingo un hombre; se halló
(*Reparando en D. Casiano.*)
con la horma de su zapato...
¡Eh! ¿Quién va?

CASIANO. Ni va ni viene.
CRIST. Pues yo veré... ¡D. Casiano!
(*Reconociéndole.*)
CASIANO. ¡Cristóbal!
CRIST. ¡Si está de Dios!
¡Que no tenga usted veinte años!..
CASIANO. ¿Para qué?
CRIST. ¡Para colgarle
de un alcornoque!..
CASIANO. ¡Qué bárbaro!
CRIST. No me diga usté improperios;
estoy echando venablos;
y yo mismo si pudiese,
me comeria á bocados.
CASIANO. Serénate, y no seas loco.
CRIST. ¡Cómo! usted me está insultando!
¡Usted me ha llamado loco!
¡Que no tenga ustèd veinte años! (*Pausa.*)
Venga usted acá.
CASIANO. ¡*Vade retro*!
CRIST. Ya la tormenta ha pasado.
CASIANO. No me engañas. (*Con miedo.*)
CRIST. No, el motivo
porque irascible me hallo,
hiciera saltar á un
evangelista de barro;
figúrese usted que ahora
de la quinta nos marchamos
Eduardo y yo, que nos echan!
CASIANO. De todo estoy enterado.
CRIST. ¿Y no se incomoda usted?
CASIANO. Pero hombre, si estoy bràmando
como un toro: no hace mucho
que he dicho lo que hace al caso
al Baron.
CRIST. ¡Será posible!
merece usted un abrazo.
CASIANO. Lo perdono. Te prevengo (*Con misterio.*)
que no se marchará Eduardo,
porque hay quien vele por él.
CRIST. ¿Cómo?
CASIANO. Que está interesado

un personaje muy noble
en su ventura, un pleclaro
personaje, un personaje
muy personaje, muy alto!

CRIST. No entiendo. ¿Quién es?

CASIANO. ¿Quién es?
Chito. No puedo revelarlo.
Y para hacer que se quede
ese chico, sin embargo,
decírtelo deberia...
¿Te lo digo ó te lo callo?

CRIST. Hable usted.

CASIANO. Pues sábete
que... pero vas á contárselo
á todo el mundo...

CRIST. No.

CASIANO. Si.

CRIST. No.

CASIANO. Corre al punto á buscarlo
y di á tu amigo que pronto
será por el rey honrado;
que su majestad ha visto
en estos agrestes campos,
durante la caceria,
á Elisa, que se ha dignado
fijar sus augustos ojos
en ella..

CRIST. (Está delirando... (*Ap.*)
aunque el nombramiento que antes
he visto, comprender algo
deja... Aqui hay algun misterio
que aclarar es necesario.)
Con que dice usted que el rey...

CASIANO. ¡Chis! se acerca un embozado...
Vete...
(*Viendo al Montero aparecer por el fondo.*)

CRIST. (Le diré al Baron
lo que de saber acabo,
y por si no miente este hombre
le seguiremos los pasos.)

CASIANO. Vete.

CRIST. (¡Arrogante apostura!)

(*Mirando al Montero.*)
(Si será...)

MONTERO. Adios.

(*A Cristóbal haciéndole señas de que se marche.*)

CRIST. Ya me marcho.
(Si me valiera... me quema
el no saber con quién hablo.)
(*Entra en la casa.*)

ESCENA XXI.

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

CASIANO. Mucho.

MONTERO. Diga usté.

CASIANO. Aqui está
el memorial.

MONTERO. Bien, ¿qué ha sido?

CASIANO. Que se nos marcha el galan
á no detenerle yo;
que el padre descubrió ya
los amores de la niña
y está dado á Satanás.
Pero puede useñoria
en mi celo descansar,
no soy ningun leguleyo;
los mozos se casarán
aunque tenga que arrastrarlos
por los pelos al altar.

MONTERO. ¿De dónde supone usted
que yo quiera cosa tal?

CASIANO. Yo creia...

MONTERO. ¡Mal creido!..
Se desbarata mi plan (*Con ira.*)
por su torpeza.

CASIANO. Señor,
que se arruga el memorial.

ESCENA XXII.

D. Casiano, Montero, Baron, Cristobal, *estos dos escuchando desde la puerta de la casa.*

Crist. Desde aquí escuchar podemos
todo.
Montero. Enamorado está
el rey de esa chica.
Baron. ¡Cielos!
Montero. Y por fuerza ó voluntad
quiere evitar que se case
con ninguno.
Casiano. ¡Ya estoy, ya! (*Con intencion.*)
Acabáramos: la quiere
proteger su majestad.
Crist. Calma. (*Al Baron conteniéndole.*)
Casiano. Lo entendí al revés;
y es cosa muy natural:
hay cosas que no comprendo,
cosas que no lo son ya,
cosas que son quisicosas
para un pobre carcamal
que en otras cosas no piensa
que en las cosas de su edad.
Montero. Para lograr nuestro objeto
algun medio se hallará.
Al Baron sus dignidades
antiguas le volverán;
y una vez que esté en la córte,
su hija diamante será
ó las mercedes reales
al cabo le ablandarán.
Casiano. Lo dudo, que es el Baron
un ente mas montaraz
que los lobos montaraces
que montarazan allá.
Nadie le ha visto reir,
nadie le ha visto llorar:
cuando se incomoda, brama;
cuando acaricia, hace mal,

cuando duerme, su ronquido
parece una tempestad.
Tremendus Aquiles ferus...
Ya sabe usted lo demas.
Tan solo se le asimila
algo en lo descomunal
el que se marchó de aqui
cuando á usarcé vió llegar.
Pendenciero, buscaruidos,
soberbio, nuevo Goliat,
parte un árbol con la mano;
al mas brioso alazan
en la carrera detiene,
y es de tan vil calidad,
que niños crudos comiera
si los pudiese mascar:
de seis años le encerraron
una tarde en un pajar;
dió un empellon á la puerta
y cayó todo el tapial.

Crist. Voy á darle una puñada.

Baron. Espera...

Crist. No aguanto mas.

Montero. Es preciso que haga usted
por que el rey consiga hablar
á Elisa. En este bolsillo *(Sacándole.)*
oro suficiente hay
para poder los criados
que la custodian ganar.

Baron. ¡Infame!

Montero. Tómelo usted.

Casiano. ¡Ay! los ojos se me van
detrás de él; pero no puedo
su posesion aceptar.
Delito de terceria
no cometeré jamás,
que es delito embarazoso
que no deja embarazar.
Yo pecaré por mi cuenta,
no por la de los demas.
Harto en el mundo, señor
Montero, he pecado ya

para echar en mis costillas
pecado tan garrafal.

MONTERO. En huen hora: yo sabré
lo que debo de hacer.
(*Rompiendo el memorial.*)

CASIANO. ¡Ay!

MONTERO. ¡Ah de casa! (*Llamando.*)

BARON. ¿Qué se ofrece?

MONTERO. Busco al Baron.

BARON. Aqui está.

MONTERO. Del rey. (*Dándole un papel.*)

BARON. Luces.
(*A un criado que habrá salido de la casa.*)

ESCENA XXIII.

D. CASIANO, MONTERO, BARON, CRISTOBAL, EDUARDO.
Luego ELISA.

EDUARDO. Vamos ya.
(*A Cristóbal saliendo de la cabaña*)

CRIST. No.

BARON. (¡Imposible me parece
que sufra yo tal afrenta!)

CRIST. ¿Con que soy de calidad
tan vil? Con que...
(*Agarrándole las orejas á D. Casiano.*)

CASIANO. ¡Por piedad!
Era broma.

CRIST. En broma pues...
(*Dándole dos ó tres sacudidas.*)

EDUARDO. ¡Elisa!
(*A Elisa que sale con un criado y trae luces.*)

ELISA. Ten esperanza.
Todo el cariño lo alcanza
cuando como el nuestro es.

BARON. (Está fuera de la ley
(*Ap. despues de leer.*)
quien me ultraja sin razon!
Yo le daré una leccion
hidalga, digna de un rey.)
Respondo á su majestad (*Alto al Montero.*)

que fiel á su mandamiento
iré á la córte al momento;
que agradezco su bondad. (*Pausa.*)
Se me olvidaba añadir
que aunque el ir solo me aflija,
mañana debe mi hija
con su marido partir
para Italia. (*Váse el Montero.*)

EDUARDO. ¡Oh!

CRIST. Bien está. (*Ap. con alegria.*)

ELISA. ¡Padre mio!

ESCENA ULTIMA.

ELISA, D. CASIANO, BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

BARON. Cuandó no
me necesite el rey, yo
iré á buscaros allá.
(*Abrazando á Elisa y á Eduardo*)
Vamos, ya sois venturosos.

ELISA. EDUAR. } Si.

BARON. La córte dejaré
muy pronto, y feliz seré
si os miro buenos esposos.
Esta noche en mi capilla
para siempre os unireis,
y en seguida marchareis
para Italia; yo á Castilla.

CRIST. (¡Vale este hombre un Potosí!)

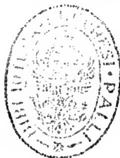
BARON. Que ignoren lo que ha pasado
ellos siempre. (*Ap. á Cristóbal.*)

CRIST. Bien pensado.
Ya no me marcho de aqui.

CASIANO. Todos contentos estan
y yo la víctima he sido:
mi memorial he perdido,
me quedo de sacristan.
Con la garulla ruin
eternamente lidiando,
mi vida iré destrozando

y destrozando el latin.
El sueño de mi ambicion
hipérbole triste fué:
volar quise y me quedé
como el gallo de Moron.
Paráfrasis desdichada!
(*Dirigiéndose al público.*)
Si al fin en premio á mi anhelo
lograra el dulce consuelo
de escuchar una palmada!...

FIN DE LA COMEDIA.



GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 8 *de Noviembre de* 1856.
Conforme con el dictámen del censor Ilmo. señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, puede representarse esta comedia en un acto titulada: El Dómine y el Montero.—Zaragoza.